

EL PROFESOR HANSEN EXPLICA A KEYNES

por G. BERNACER

Catedrático de la Escuela Central Superior de Comercio

I

EL CASO KEYNES

El caso de Keynes es uno de los más notables ocurridos en la historia de la ciencia económica. Habiendo escrito bastantes libros en su vida, ha sido el último, el más oscuro, el que ha alcanzado mayor resonancia. Aunque paradójico en apariencia, el hecho no es insólito. No se entienda con esto que cualquier libro, por la cualidad de ser oscuro, haya de llegar a la fama; pero sí que, en circunstancias especiales, ciertos libros que generalmente no se caracterizan por la claridad y congruencia, son los más propicios para despertar la atención y convertirse para muchos en un Corán, que, como todos los coranes, necesitan sus intérpretes, cuando no sus profetas.

Keynes, más que un teórico, era un pragmático. A la manera de todos los hombres que viven hacia afuera, que se hunden profundamente en la vida activa de su tiempo—y más si son ingleses—no gustaba de las teorías puras. Su instinto natural le llevaba a idear políticas económicas, con miras a su aplicación práctica inmediata; es la tendencia que muestran todas sus obras. Pero como, al fin, era hombre formado educativamente en las disciplinas científicas, pronto articulaba una teoría para justificar, más o menos racionalmente, las medidas que intuitivamente consideraba más adecuadas al momento, según sus experiencias. Su «Tratado del dinero» era el libro nacido de las experiencias de la posguerra de 1918-28, y que, publicado en 1930, llegó un poco tarde, cuando la crisis de 1929-32 cambiaba notablemente el panorama del mundo

en el aspecto económico y, a no tardar mucho, también en el político. Al compás de esa transformación, Keynes varió de pensamiento, y la «Teoría general» fué el fruto de la rápida evolución de su ideología (1).

Sin embargo, el mejor de sus libros, en el orden teórico, era el primero de los dos. Contenía una doctrina más acabadamente elaborada, y era un libro claro dentro de su novedad, mayor, a juicio del autor de estas líneas, que la que contiene su libro posterior; lo cual no impidió, a pesar del gran prestigio ya entonces de su autor, que pasara pronto de la atención pública y cayera en el olvido, borrado por la teoría contenida en la obra de 1936. Venía ésta indudablemente en un momento propicio. Las experiencias de la guerra y de la posguerra—sobre todo en el aspecto monetario, que, desde el punto de vista de la mecánica económica, es el más importante en una economía monetaria, y el que más se presta a la manipulación de esa economía—habían debilitado la fe en la doctrina clásica, que hasta entonces venía imperando en los medios universitarios, y se sentía la necesidad de una rectificación. La misma oscuridad de su texto y el estado de fluidez de ideas con que había sido escrito por su autor lo hacían propicio a que cada cual viera en él reflejado su propio pensamiento, su pensamiento, que no era el de Keynes precisamente; pruébalo el gran número de interpretaciones que se le han dado, creyendo cada cual ser el intérprete fiel del pensar del autor.

(1) Véase sobre esto la excelente obra de Harrod: *The life of J. M. Keynes*. Londres, 1951. Macmillan.

A los liberales no les podía parecer mal, porque Keynes era un liberal que quería salvar el capitalismo, por la corrección adecuada de sus defectos, demasiado evidentes. A los intervencionistas ofrecía una justificación para su ideal de política económica, con su criterio de que la economía no tendía naturalmente al equilibrio, al pleno empleo, como creyera antes la doctrina clásica, sino que tendía a falsos equilibrios «en la desocupación» y a crear «la miseria en medio de la abundancia». A los que querían matematizar la economía les brindaba un libro con abundantes conceptos de aspecto matemático y fórmulas que se presentaban a todas las lucubraciones econométricas—que no han dejado de florecer abundantemente después a sus expensas—, sin darle por eso un carácter demasiado esotérico que repeliara con exceso a los que no eran matemáticos. (Keynes no lo era tampoco gran cosa.) Y, sobre todo, ofrecía a unos y a otros, con los factores psicológicos, unas herramientas cómodas. Los factores psicológicos no eran nuevos en la ciencia económica, mas hasta entonces sólo se habían deslizado furtiva y vergonzantemente en la teoría, procurando vestirlos con un cierto disfraz realista. Keynes los emplea a todo pasto en la explicación de los hechos. Como escapan a todo control, pueden servir para explicar cualquier residuo que los factores reales dejen inexplicado. Antes de la *General Theory*, eran el cajón de sastre de los argumentos de los políticos, de los comentaristas económicos sin responsabilidad científica, de los economistas de café; después, era lícito al hombre de ciencia inventar una propensión, una anticipación, una idea, una tendencia o una volición, que explicaran, a medida del deseo de cada uno, cualquier concepción económica preconcebida.

Esto ofrecía comodidad y facilidad. Los factores psicológicos son como esas herramientas que contienen en una sola pieza llave inglesa, destornillador, broca, cizalla, taladro, etc. Son instrumentos seductores. A la larga suele demostrarse que no sirven para nada. Quizás esto mismo ocurra con los factores psicológicos: que a fuerza de explicarlo todo, no explican nada. Pero mientras eso llega, su éxito inmediato les da gran boga.

Quizás no haya sido el último factor en el éxito del keynesismo la facilidad con que podía adquirir valor de arma política. La crítica del capitalismo por un economista de la clase intelectual y tradicionalmente ortodoxa daba una justificación a las tendencias socialistas. Podía ser muy bien la obra de Keynes el evangelio de un nuevo socialismo de

base científica, adecuado para intelectuales, a medio camino entre el liberalismo manchesteriano y el socialismo de Estado, muy a tono con la mentalidad inglesa, siempre propicia al *compromiso* entre las tendencias más dispares.

Un fenómeno semejante se dió antes con el marxismo. «El capital» pocos lo leen y nadie lo entiende, lo cual no es óbice para que se cuenten por millones los marxistas. Hay motivos para suponer que tampoco Marx lo entendía a última hora, pues su libro acaba con contradicciones y rectificaciones. Dudamos que, si resucitara en el tiempo presente, fuera marxista; por lo menos sería el menos marxiano de los marxistas. Quizás esto mismo ocurriría con Keynes, que murió demasiado pronto para perfeccionar su doctrina. Sus últimos trabajos prácticos y teóricos indican una evolución de ideas, hasta el punto de que se ha formulado la pregunta de si Keynes había dejado de ser keynesista. El profesor Hansen la contesta negativamente, pero el hecho de que se plantee es ya bastante significativo.

Afortunadamente, con la «Teoría general» no ocurre como con la obra de Marx. Se lee mucho y es objeto de constante crítica, no sólo por sus oponentes, sino por sus partidarios; raro es el que, con el plausible fin de explicarla y comentarla, no le echa algún remiendo. Tal sucede con la explicación que nos ofrece el profesor Hansen en «A Guide to Keynes».

Y perdóneme el lector tan largo prólogo al comentario de la obra de este sabio profesor de Harvard.

II

LA MECANICA KEYNESIANA

La obra de Hansen sigue exactamente el plan de la «Teoría general», y somete a un concienzudo análisis los conceptos keynesianos, desde las definiciones a las últimas consecuencias. Sería prolijo seguir al profesor Hansen en todas sus explicaciones, pero quizás no deje de ser interesante, para quienes no tienen la teoría económica por un vano pasatiempo, seleccionar algunos puntos neurálgicos, que dan la pauta general de lo que no sé si llamar apología o crítica hanseniana.

El primer punto que me propongo examinar es el tan discutido de la igualdad cuantitativa entre ahorro y capitalización. ¿Qué nos aporta nuevo sobre esto el doctor Hansen?

A su juicio, una gran parte de la confusión acerca de estos conceptos es porque no se ha com-

prendido que «mientras capitalización y ahorro son siempre iguales, no siempre se hallan en equilibrio». Aunque Hansen interprete en este sentido varios pasajes y se dé por buena tal interpretación, se comprende la repugnancia de Keynes a declararlo así explícitamente, ya que la cosa resulta dura de admitir. La noción de equilibrio es una imagen tomada de la mecánica, donde significa la igualdad de dos fuerzas contrarias; su desigualdad supone el no equilibrio. En este sentido, igualdad y desequilibrio son contradictorios. Adoptar la imagen mecánica—que, desde luego, no tiene otro valor que el de una comparación material para hacer más tangible la idea que se pretende expresar—para que luego no sirva de nada, antes bien, sirva de despiste, resulta bastante chocante.

Lo que pasa, a mi juicio, es que al contraponer las fuerzas que se supone obran en Economía, no se ha logrado encontrar un medio de computarlas de modo que se pudiera establecer un criterio de igualdad o desigualdad. Fuerzas opuestas son la oferta y la demanda—las fundamentales de todo mercado—, y el medio común de computarlas que se ha empleado es el importe de las ventas, lo cual nos da una tautología. Fuerzas opuestas son el ahorro y la capitalización—oferta y demanda de un mercado particular—, y si ambas son idénticas, como supone Keynes, a causa de unos conceptos mal elegidos, resulta imposible de todo punto establecer una mecánica económica racional, pues de cualquier modo se cae en la igualdad de los términos contrapuestos.

De aquí no podía salir más que una estática, y ello hizo necesaria la introducción de algún otro factor psicológico: las anticipaciones, las expectativas, las esperanzas, los deseos, las inclinaciones, las propensiones, las preferencias, las predilecciones, etc., que se toman como factores económicos directos o inmediatos, en contra de lo que se había venido admitiendo desde los clásicos. Tuvo razón Hicks en decir que «el método de las *expectaciones* es quizás lo más revolucionario que hay en la «Teoría general», juicio que Hansen acepta (página 45). Sin embargo, tenía por lo menos un antecedente—que Hansen no echa en saco roto—, el de Walras, que contrapone el encaje deseado al encaje real para explicar la existencia de un desequilibrio, aun cuando la oferta y demanda reales estuvieran equilibradas. Entre el encaje deseado y la preferencia de liquidez hay una gran analogía, según reconocen diversos autores (Lange, Dera-moudt); prueba de ello es que el propio Hansen toma como sinónimos la función L (de preferencia

de liquidez) y la cantidad de dinero deseada (página 145, fig. 15 B). Si esta última es superior a la que se tiene se promoverán actos económicos para aumentarla; estos actos no pueden ser otros que ventas, ventas de bienes a quienes, teniendo más dineros de los que desean, encuentran conveniente emplearlos en algo. La dinámica keynesiana no se establece entre dos magnitudes económicas, sino entre una magnitud real y una magnitud deseada (p. 50).

Pero si bien se mira, esta magnitud deseada, psicológica, no hace más que ocultar, disfrazándola, a la magnitud real que pretende reemplazar, a la cual no se la ha sabido distinguir métricamente de su antagonista.

En una economía monetaria, el dinero es el instrumento de la demanda; la función del dinero es demandar; la moneda se puede definir como lo que forma la demanda general del mercado; la oferta está constituida por las cosas reales, las mercancías y, a veces, por los servicios, es decir, el trabajo directo. En la teoría del interés nos encontramos con varios términos monetarios o, lo que es lo mismo, con varias demandas; resulta indudable que alguna de ellas es una oferta disfrazada, sin duda el encaje deseado o la preferencia de liquidez, puesto que el efecto de ese deseo o preferencia no se puede manifestar sino desde el momento que promueve ofertas para aumentar el encaje, y entonces no se trata ya de deseo ni de preferencias, se trata de un acto económico tan típico y real como cualquier otra oferta. Lo único que se ha hecho es enmascararlo. ¿Es posible que se reduzca a esto la gran revolución keynesiana, tan predicada y ensalzada?

Ya sabemos que todo acto económico, por ser humano, tiene un antecedente psicológico, lo mismo las demandas que las ofertas, el ahorro como su inversión, la producción como el consumo. Pero también se ha creído siempre antes de ahora que la Economía era una ciencia del obrar humano que no tiene elementos de juicio en tanto no surge el acto y se puede calificarlo y valorarlo. De otro modo, si fuéramos consecuentes, toda la Economía se convertiría en una Psicología, que no podríamos convertir en una mecánica sin caer en un determinismo estéril. Hay en la idea de las anticipaciones y expectativas algo que no estaba en la primera noción de tipo psicológico, introducida tímidamente por Walras: un elemento especulativo. La anticipación hace que, si se presupone un alza mayor de precio que la observada, la demanda aumenta en vez de disminuir, y si se espera una baja,

la demanda disminuye sin que la baja se haya producido todavía. Esto es un efecto especulativo conocido desde muy antiguo. Sólo que antes se llamaba previsión; en virtud de esa previsión, propia del ser humano, se compra cuando se estima poder comprar más barato, se ahorra para cuando el dinero nos parece que ha de sernos más útil, se consume cuando esperamos mayor satisfacción, se vende cuando se confía obtener mayor beneficio. Toda la Economía se halla en estos actos intencionales hedonistas, lo cual no quiere decir que la Economía sea la ciencia de las meras intenciones, que si no salvan, por el solo hecho de ser buenas, al no pasar de intenciones, tampoco hacen economía.

La introducción de los factores psicológicos es un error de método que nada resuelve. El mal se halla en haber renunciado a la vieja idea, según la cual era el juego de la oferta y de la demanda la fuerza motriz de la dinámica económica. En vez de hacer un análisis cuantitativo de los términos contrapuestos de los mercados, se ha caído en estériles tautologías, de que se ha creído poder salir por medio de expedientes puramente dialécticos. Tiene Hansen razón cuando dice: «Si el sistema keynesiano de Economía constase simplemente de ecuaciones definicionistas, tales como $I = S$ e $I + C = Y$, la *General Theory* podía tenernos sin cuidado. El análisis económico no prosperará con identidades cual «las compras efectivas (demanda) son iguales siempre a las ventas efectivas (oferta)». Donde el profesor Hansen ve la fecundidad de la teoría es en que Keynes tenga en cuenta *relaciones funcionales o de comportamiento*, y no *ecuaciones de identidad*. Por relaciones funcionales entiende Hansen las que atribuyen a cada precio una cierta demanda y una cierta oferta, diferentes ambas en general; relaciones de oferta y demanda que podemos representar por curvas sobre un sistema de ejes coordenados, las cuales cortándose determinarán el punto de equilibrio.

Esta representación geométrica ha sido, a mi ver, la principal culpable de la esterilidad de la doctrina económica de los últimos tiempos, porque siendo un método para hacer ver la necesidad de un equilibrio, un método esencialmente estático, no servía para estudiar la dinámica ni la evolución económica que se pretendía estudiar. Keynes creía tan sólida su demostración de la identidad entre ahorro y capitalización que pretendía poder sustituir las dos denominaciones por una sola. No lo hizo nunca, porque se impuso a su voluntad el sano criterio del *plain man*, de que se trata de dos

cosas diferentes, y no sólo diferentes, sino opuestas, pues son la oferta y demanda de un mercado particular. Hansen, aunque abiertamente no niega en este punto a Keynes, no lo sigue. Si la identidad $I = S$ fuera una verdadera identidad, no sólo se podrían designar siempre los dos conceptos por el mismo mote, sino que se podrían representar por una única función, y, diagramáticamente, por una sola curva. Pero cuando se trata de representarlos gráficamente, Hansen los traduce por curvas de inclinación opuesta, que se cortan en un punto, como cualesquiera curvas de oferta y demanda (p. 145, fig. 15 A). La Economía clásica así las trataba, considerándolas como las determinantes del precio del dinero o del tanto de interés del capital. La rectificación de Hansen es razonable, pero esto no es explicar a Keynes, sino enmendarle la plana.

III

KEYNES Y LA LEY DE SAY

Keynes se dejó llevar de un afán immoderado de contradecir las ideas admitidas hasta entonces, con las que estaba no conforme, pero sin meditar suficientemente sus argumentos, a causa de lo cual vino a caer, de otra forma, en lo mismo que repudiaba. Tal fué el caso de su negación de la ley de Say, que había sido ya victoriosamente combatida por Malthus y se hallaba bastante en descrédito, aunque, por esa persistencia irracional que a veces muestran las ideas periclitadas, subsistiera, consciente o inconscientemente, en la mente de muchos economistas. Lo extraordinario es que Keynes, después de negarla, viniese a restablecerla en una forma disfrazada. Veámoslo.

La ley de Say es evidente en toda economía de trueque, puesto que en ella no se pueden desglosar las ofertas de las demandas. Toda oferta lleva consigo una demanda equivalente (equivalente según la apreciación del mercado). Se concibe que en una economía de ese tipo pueda resultar un sobrante de algún producto particular que, por ignorancia o por mal cálculo, se ha producido en exceso sobre las necesidades; lo que no se concibe es un exceso de la oferta general de todos los productos, como se presenta en las crisis. Ese fué el argumento Aquiles de Malthus.

La intervención de la moneda tiene por efecto independizar la oferta y la demanda. Sin moneda no hay mercados singulares, pues cada demanda coexiste con la oferta de otros muchos productos

diferentes. También en la economía monetaria cualquier oferta implica una demanda, pero esa demanda es siempre de dinero que, reducido a su mayor pureza, es una unidad de cuenta con un fin contable transitorio. Los mercados de cobre, de trigo, de cemento, son mercados en que se demanda y se ofrece exclusivamente cobre, trigo o cemento y, a cambio de esas mercancías, se demanda uniformemente dinero; el cual puede ser y mantenerse como un saldo de cuenta, si el que compra se limita a hacer una transferencia de cuentas al vendedor, que éste utiliza de igual modo. Lo que hace falta en este caso para que la ley de Say se cumpla es que la moneda sea una moneda neutra, por la sencilla razón de que una moneda neutra sería aquella que no alterase las leyes de la permuta.

La ley de Say, en el caso de la economía monetaria, tiene esta expresión: *Renta global = Valor de la producción*, que nos dice que la renta monetaria resultante de la producción es lo suficiente para adquirir ésta por su valor corriente. Mas aquí se puede producir un desequilibrio que no cabe en el régimen de permuta. Basta que los perceptores de renta no la gasten toda en adquirir producción para que no se pueda vender totalmente; tampoco se podrá vender si, aunque los perceptores de la renta la inviertan toda, la invierten en parte en cosas que no proceden de la producción corriente.

Keynes, que reconoce la anterior igualdad, hace la descomposición de la renta en dos partes: consumo y capitalización (*investment*). No tiene bastante en cuenta que se trata de una equivalencia, y no de una igualdad, y menos todavía de una identidad; es la equivalencia de dos términos heterogéneos: una suma de dinero y una masa de mercancías varias, que no tienen de común más que el valor. Digo que no lo tiene en cuenta, porque esa descomposición no corresponde más que al término real, ya que lo que se consume son artículos reales, y no dinero; el capital verdadero tampoco es el dinero, sino las máquinas, los edificios, las acumulaciones de mercancías. El término monetario se puede descomponer en dos porciones correlativas de aquéllas, pero no idénticas a ellas: son el gasto en consumo y el gasto en capital. Si por azar pudieran identificarse las dos igualdades

$$\text{Renta} = \text{Consumo} + \text{Ahorro}$$

$$\text{Producción} = \text{Consumo} + \text{Inversión en capital}$$

permitirían, por eliminación del término común, concluir

$$\text{Ahorro} = \text{Inversión en capital.}$$

Pero entonces resultaría que los términos renta y producción no sólo serían equivalentes en su origen como fruto de la producción, sino que lo seguirían siendo al enfrentarse en el mercado como demanda y oferta, pues lo serían dos a dos las partidas de que están constituidos: Consumo = Consumo, evidentemente, y Ahorro = Capitalización, por lo tanto. Es decir, la ley de Say: *Toda oferta comporta una demanda equivalente*, q. e. l. q. q. d.

Esto, indudablemente, no es cierto; lo rebaten los hechos y lo rebate la razón. Los perceptores de renta son libres de gastarla, íntegramente o no, en artículos de consumo, en artículos de capital o no gastarla en una cosa ni en otra. Keynes suprime la última alternativa y concluye que se ha de invertir en consumo o en capital. Lo que se invierte en consumo crea demanda «ipso facto»; lo que se ahorra, parece que también, puesto que se invierte íntegramente en capital. No le queda otra alternativa para explicar los movimientos de la economía que el discriminar entre que la renta se gaste en consumo o en capital, llegando a la extraña conclusión de que si bien los movimientos expansivos nacen de inversiones en capital, se amortiguan tanto más pronto cuanto mayor porción de las rentas resultantes se gastan en capital y menor en consumo. Lo que en un caso tiene un poder vivificante, en seguida tiene un efecto amortiguador. El multiplicador es la cantidad inversa de la parte alícuota de la renta que se gasta en capital, de suerte que a mayor consumo y menor capitalización, mayor multiplicación de la producción y mayor empleo.

Esto es incomprendible, para mí al menos; pero como la razón no puede dejar de filtrarse por las grietas que dejan los falsos razonamientos, he aquí que el Dr. Hansen nos dice que, según Keynes, el gasto inicial que genera al multiplicador no necesita ser una inversión en capital, puede ser un subsidio financiero por el empréstito, un aumento de gasto a expensas de reservas privadas (p. 90, nota). De la explicación que da en los casos II y III del multiplicador (p. 91, figs. 7 y 8) resulta que si la renta no se gasta en consumo, pero se gasta totalmente, lo que no en consumo en capital, tampoco hay amortiguación, de modo que la inversión de ahorros presentes o pretéritos en disponibilidad mantiene la expansión de la economía. Ahora, si esto es así, todo el complicado artilugio de las propensiones marginales a consumir y a ahorrar y capitalizar, que serían complementarias, huelga, y lo que haría falta tener en cuenta es la

parte de renta que se deja sin invertir o la que se agrega a la demanda presente procedente de los fondos de reserva o de la creación de nuevo dinero. Que no es lo que tiene en cuenta Keynes.

La idea central de éste parece que era afirmar el hecho de que el ahorro se relaciona con la capitalización a través de la renta nacional, ya que a mayor renta, mayor posibilidad de ahorro. Pero el crecimiento del ahorro disminuye el consumo posible, resultando de ahí un menor estímulo para crear capitales productivos. El economista inglés, que veía en esto una limitación para la formación de capital y, por tanto, para el aprovechamiento de todo el ahorro, parece que debiera haber concluido que ahorro y formación de capitales no deberían ser iguales, sino mostrar una marcada tendencia a quedar el segundo en déficit respecto del primero. Sin embargo, su conclusión es que ambos deben de ser iguales, y con esto incurrió en una contradicción, con que tropiezan todos sus comentaristas, sin encontrar clara solución.

Su disconformidad con la ley de Say debiera haberle inmunizado contra ese círculo vicioso en que vino a caer. A mi juicio, es que el apresuramiento con que hizo una obra de la envergadura de la *General Theory* le impidió salir de la posición estática en que se había situado toda la Economía clásica y neoclásica. Él vio que la renta había de estar justamente integrada por el valor de la producción de bienes de capital y de bienes de consumo, y discurre de la siguiente manera: De la producción sale una cantidad de renta igual a esas dos porciones de ella; una parte se vende a los consumidores, otra parte a los que invierten su ahorro y una tercera porción no se vende (esto no lo ignora nadie y no podría ignorarlo Keynes); pero esa porción última queda, «ipso facto», capitalizada en los artículos en existencia, sean de consumo o de capital.

Keynes cometió el error, a mi juicio, de considerar que la inversión en capital es un resultado de la producción; que se capitaliza cuando un productor decide producir un artículo de capital, mejor que un artículo de consumo. Pero lo cierto es que en el aspecto económico no hay diferencia entre producir trigo o producir arados; el productor de una cosa y el de otra invierten en lo que para él es, en un caso y en otro, su capital circulante. La capitalización es la cópula entre dos cosas: la producción y el ahorro. Se capitaliza cuando un poseedor de ahorro compra o se hace construir un artículo de capital, que es en sus manos donde se convierte de capital circulante en capital fijo,

y en esta transformación puramente económica se halla la verdadera formación de capital. El artículo de capital que no se vende normalmente, lejos de ser algo que auxilia la producción, es un estorbo en el mercado.

Si hubiese adoptado este punto de vista, no se hubiese dejado arrastrar por esa engañosa equivalencia de ahorro e inversión en capital. Hubiera comprendido que, siendo libres los ahorradores de capitalizar o no su ahorro, de cederlo a quien lo capitalice o guardarlo o comprar títulos, tierras u otros bienes que no proceden de la producción corriente; y que esto que emplean así falta para re-adquirir lo producido contemporáneamente, lo cual queda sin vender en parte; los precios bajan y los brazos quedan sin empleo. Y en otras ocasiones, los recursos así acumulados inactivamente se verterán en el mercado agregándose a la renta corriente para incrementar la demanda global y crear una coyuntura inversa. Toda la dinámica económica está aquí. Ni Keynes ni sus comentaristas lo han advertido, y de aquí la esterilidad de su posición estática.

De nada vale salir con la puerilidad de idear unidades diferentes de la monetaria y decir que tal proposición econométrica no tiene validez, sino cuando se miden los términos en unidades de salario, por ejemplo, porque esto hace el mismo efecto que si un geómetra pretendiese que, para que el área de un triángulo sea el producto de la base por la altura ha de ser medido en toesas, o que el número π no tiene el mismo valor cuando las medidas se hacen en unidades del sistema métrico decimal o en unidades antiguas de Castilla. Y aun recuerda a aquel dialéctico que sostenía que cierto argumento sólo tenía fuerza probatoria dicho en latín.

IV

EL PRECIO DEL DINERO

Los conceptos discutidos en los apartados anteriores se hallan muy relacionados con la teoría del interés, que es una de las en que Keynes se ha mostrado más en desacuerdo con la Economía clásica y en que Hansen disiente más del maestro de Cambridge. Es una buena piedra de toque para juzgar de la solidez de tales conceptos.

Keynes atacaba la doctrina clásica por ser indeterminada y, por la misma razón, ataca Hansen la de Keynes.

Según la tesis clásica, todo precio es el resultado

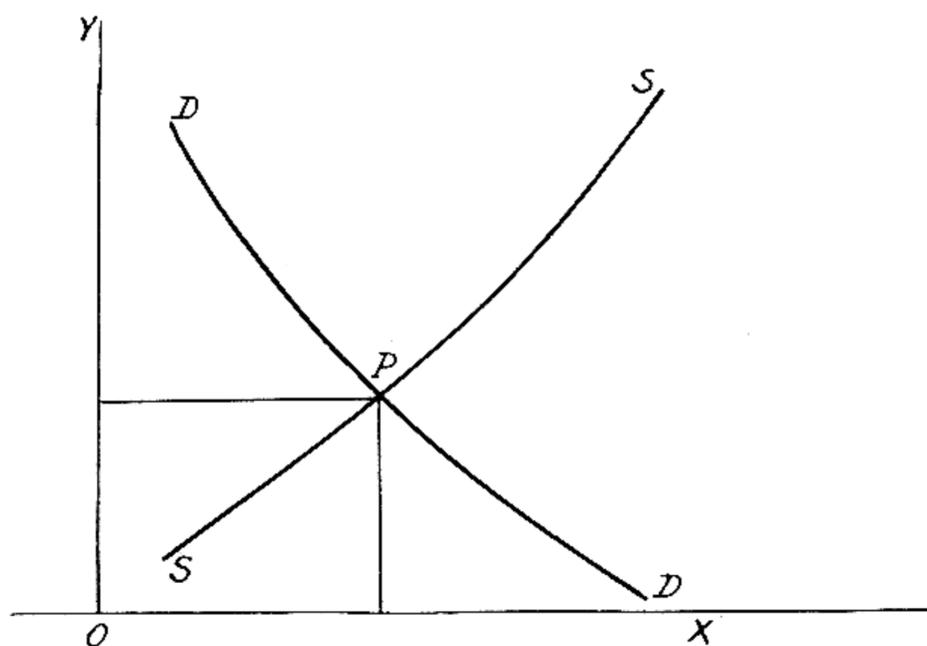


Fig. 1.

de un mercado en que la oferta y la demanda tratan de concordarse. El precio del dinero o tanto de interés del capital debiera de seguir la regla general.

Lo difícil era definir los términos de ese mercado. Provisionalmente se definieron como demanda de capital y oferta de ahorro.

Representando esto, según el esquema clásico, sobre dos ejes coordenados, en que el OY mida tantos de interés y el OX cantidades de dinero ofrecidas o demandadas (fig. 1.^a), el punto de cruce de ambas líneas en P nos define al mismo tiempo el importe de las transacciones capitalistas y el tanto de interés normal.

Evidentemente, se resentía esta concepción de un imperfecto análisis de los términos que formaban el mercado. ¿Qué ahorro era ese que se ofrecía en el mercado? ¿Cómo habría que computarlo? ¿En qué consistía la demanda de capitales? ¿Se trataba tan sólo de los solicitados por los industriales para constituir capital o de cualesquiera préstamos? Sin duda, los economistas que idearon la teoría imaginaban el ahorro como un flujo de dinero y la demanda como ese mismo flujo, saliendo del mercado. Aquí se observa una notable diferencia entre este mercado y los demás; en todo mercado hay dos corrientes: una de dinero (demanda) y otra de mercancías (oferta), en sentido inverso una de otra. El dinero siempre se cambia por algo; este algo son, en el mercado de capital, títulos, derecho a dinero futuro, como se ve bien cuando se suscriben obligaciones o se compran en Bolsa. El hacer caso omiso de este segundo término era un importante defecto de análisis.

Además, la teoría era incompleta en cuanto que el capital y, en general, el préstamo no sólo se financia con ahorros fluentes, sino con cantidades atesoradas que se desatesoran, y con nuevo dinero. Si agregamos estos elementos al ahorro que cons-

tantemente fluye, tenemos la teoría del fondo prestable (*loanable fund theory*), hoy aceptada por los neoclásicos.

Aunque en este aspecto la teoría parece completarse, por otra parte se complica y oscurece, pues no se sabe qué parte del dinero atesorado o creado debe computarse, si todo él, la parte que se pone en actividad, tan sólo el que se presta o exclusivamente el que se presta para capital. La denominación de fondo prestable que se ha dado a la teoría parece envolver la idea de una masa estática, y no de un flujo como parece que debiera ser tratándose de un mercado activo.

En esta situación aproximada de las cosas llega Keynes, que reputa de erróneas todas las teorías anteriores y crea una nueva, en la cual sustituye a la demanda de capital (la inversión en capital de los clásicos) la preferencia de liquidez, la predilección por tener los capitales en forma líquida mejor que en otros artículos, y reemplaza al ahorro o fondos prestables (oferta de fondos) la cantidad de dinero circulante. Con esto la confusión llega al extremo, pues mientras el término que representa la oferta es francamente un *stock*, el dinero existente, en el cual hay dinero inactivo y dinero que se mueve en circuitos que no tienen nada que ver con el mercado de dinero y de capital y que no se comprende por qué interviene al mismo título que el resto en la cuestión, el otro término tiene el carácter de un factor psicológico difícil de determinar cuantitativamente.

Los autores de estas teorías no tienen bastante en cuenta que la idea original es que el precio del dinero, como todo precio, ha de resultar de un mercado, y que la oferta y demanda de todo mercado no pueden estar formadas por masas estacionarias, sino por masas activas; por definición, han de ser flujos (*flows*) y no fondos (*funds* o *stocks*).

Esto es lo que me ha llevado a distinguir entre demanda y oferta potenciales, que corresponden a *stocks*, y las efectivas, que son los *flows* correspondientes. La diferencia es la misma que entre el embalse y el chorro que sale por la esclusa (1). Se explica que algunos economistas tengan repugnancia a entrar por ese camino, pues temen volver a la tautología de la igualdad constante entre oferta y demanda. Pero es precisamente un método claro de análisis en este punto, lo que permitirá salir de ese callejón ciego, ya que se comprende que dos

(1) La distinción es semejante a la que se establece en Mecánica entre energía potencial y efectiva, esta última llamada a veces actual, por traducción literal del término inglés.

corrientes opuestas de dinero y mercancía no tienen por qué ser iguales; su magnitud puede y debe variar con frecuencia e independientemente, dando lugar así al dinamismo del mercado.

Demanda potencial es el poder de compra que hay en manos de los posibles compradores, el dinero de que disponen; la demanda efectiva, la que de hecho llevan a cabo gastando en ello sus recursos y tomando mercancías del mercado. Y correspondientemente, la oferta. Si no se establece una distinción clara, es difícil esclarecer cuál es la noción que cada autor tiene en la mente y si es siempre la misma, ni hay manera de juzgar del valor de los sistemas propuestos; se llega a dudar si merecen el calificativo de construcciones matemáticas, que pretenden ser.

Y si la confusión es grande en la teoría del interés, cuando se trata del término que parece representar la oferta, es mayor si pasamos al que ha venido a reemplazar a la demanda de capital de la teoría clásica. La preferencia de liquidez es un arduo concepto; mejor que tener cosas valiosas es tener dinero o *cosas fáciles de convertir en dinero*; esta última cláusula sume el concepto en una vaga indeterminación, porque todo es más o menos fácil de convertir en dinero si tiene valor, y no sabemos dónde hemos de detenernos.

Hay, evidentemente, dos clases de preferencia de liquidez: la activa, es decir, la de aquellos que, teniendo valores, fincas, los cambian por dinero, pues lo prefieren; y la pasiva, o sea la de los que, teniendo ya en dinero su capital, se abstienen de comprar, porque prefieren mantener su posición por inercia o por la expectativa de hallar mejores colocaciones. Las dos responden al lema keynesiano: Quien atesora, renuncia al interés; el interés es la recompensa de no atesorar. Pero la primera, la activa, semeja la que puede surtir más efecto, pues actúa demandando dinero, y haciendo bajar el precio de los títulos y otros bienes, es decir, elevando el tipo de capitalización. Los que se limitan a no comprar, pudiendo hacerlo, aunque contribuyen indirectamente al mismo resultado, lo hacen menos eficazmente. Sin embargo, es éste el caso que más destaca Keynes en sus razonamientos. Lo indudable es que no puede ser el mismo el efecto del dinero que se guarda y del que actúa en el mercado financiero.

El capitalista que, por preferencia de liquidez, lleva sus títulos de Deuda al mercado para enfrentarse con un comprador que tiene menos preferencia de liquidez o la tiene negativa (preferencia de iliquidez), se ajusta a un precio que dependerá del

grado relativo de preferencia de cada uno, lo cual no será reconocible hasta tanto que la operación sea hecha, como sucede siempre que la cosa depende de un factor psicológico o subjetivo; sólo entonces sabremos si ha dominado más el interés del comprador en comprar o del vendedor por vender. Hasta entonces nada es posible saber por medio del artilugio montado.

Esto es lo que representaría la preferencia de liquidez como factor del tanto de interés. Pero los keynesianos, aunque hablan de una preferencia, es decir, de un movimiento del ánimo, no entienden eso. Ellos quieren objetivar el concepto, representándolo por una cantidad de dinero, sólo que no está claro, ni en Keynes, ni en Hansen, ni en otro autor alguno, qué cantidad ha de ser esa, si ha de comprender incluso el dinero transaccional o sólo el solicitado como *depósito de valor* («*an asset*»). Si se limita al dinero atesorado volvemos a la teoría clásica; si agregamos el dinero atesorado y de nueva creación, recaemos en el fondo prestable, con cuya teoría cree Schneider que cabe identificar la keynesista. Lo evidente es que esto ya no es una preferencia de liquidez ni de ninguna clase; se trata de un hecho material, aunque bastante inconcreto. Es como si, después de fundamentar la guerra de Troya en las pasiones de sus héroes, se pretendiese hacer ver que dependió de la longitud de sus narices. La cosa es así de incongruente. Si realmente existe una magnitud real y tangible, a la cual se ajusta el efecto de eso que se ha llamado preferencia de liquidez, ¿no sería mejor y más claro designar ese factor por la naturaleza de aquella magnitud objetiva y mensurable, que emplear un mote que sugiere una falsa idea que sólo puede servir para despistar al lector? Y es que los promotores de estas doctrinas vacilan entre la tesis de la escuela clásica, que pensaba en una oferta y una demanda y atribuía a esos conceptos un sentido más o menos vago, pero siempre objetivo, y estos nuevos conceptos de aire subjetivante con que tratan de resolver la tautología que han planteado y que ellos mismos no acaban de digerir.

V

EL METODO CIENTIFICO

Ya dijimos que Hansen ataca a la vez la doctrina keynesiana y la clásica del tanto de interés, y la razón que alega es que la magnitud del ahorro y la preferencia de liquidez variarán según la

magnitud de la renta nacional, y no siendo posible sin conocer ésta, pensar en saber aquéllas, ambos sistemas resultan indeterminados. No se trata, naturalmente, del problema estadístico de conocer la renta nacional ni de que, aunque la conociéramos, sea posible deducir de ahí el ahorro o la preferencia de liquidez, puesto que desconocemos el coeficiente de conversión entre ambos; se trata únicamente de, dándolos por conocidos, establecer cómo se averiguaría el tipo de interés: un problema puramente teórico.

Cuando la renta crece—viene a decir el doctor Hansen—, el ahorro aumenta («todas las demás cosas igual», habría que agregar). Así, para saber cuál es el tanto de interés, hemos de saber antes el nivel de la renta, y para saber éste, hemos de saber el tipo de interés, porque un tipo de interés más bajo supone un mayor volumen de capitalización, y por lo tanto, un mayor nivel de renta real, ya que ésta se compone del consumo más la capitalización. La cosa no tiene solución.

Hay en esto un olvido de lo que es el método corriente de análisis en Economía, y en general de la Ciencia. Se basa ese método en admitir como hipótesis un principio semejante al llamado en Mecánica *principio de independencia de acción de las fuerzas*. En un sistema mecánico, cada fuerza que lo compone obra como si estuviera sola; una vez determinado el efecto singular de todas y cada una, se puede recomponer el sistema determinando su efecto total por la sumación de los efectos particulares de cada una. En esto se basa, por ejemplo, el polígono de fuerzas, el movimiento parabólico de los cuerpos lanzados, el elíptico de los astros, etcétera.

Es una hipótesis ésta que no hay más remedio que aceptar, a causa de la incapacidad de nuestra inteligencia para asir los fenómenos en su complejidad; es una premisa inherente al método de análisis y síntesis, que es fundamental en toda Ciencia. En Economía se aplica igualmente, suponiendo que cada factor que interviene en un complejo económico actúa lo mismo en cualesquiera circunstancias, sea la que sea su combinación con los demás factores, aunque sean muy numerosos los que intervengan en el fenómeno (1).

(1) La única diferencia con la Mecánica y la Física es que en aquellas ciencias cabe la experimentación con las causas de los fenómenos, eliminando en cada caso las ajenas a la influencia que se desea estudiar. En otro lugar he hecho una comparación con la ley de compresibilidad de los gases, experimentando sobre la cual cabe obtener en la representación de los

Decir que no se puede determinar el tanto de interés porque no se conoce la renta, de la cual depende el ahorro, es lo que un economista de más allá del Canal o del Océano llamaría un *nonsense*. No parece sino que con la introducción del nivel de renta hemos agotado ya todos los factores que influyen sobre el interés. Todo hecho económico es tan complejo en sí mismo que no podemos saber, no sé si sabremos alguna vez, cuántos y cuáles son los factores que intervienen. No podemos tener en cuenta a la vez más que la influencia de uno de ellos sobre el fenómeno que se estudia, pues cuando consideramos más, estamos más o menos conscientemente descomponiendo el sistema y estudiándolo por partes y, desde luego, ni con considerar tres o cuatro o diez, los tendríamos en cuenta todos; hemos de suponer siempre un residuo más o menos importante de causas que a cada momento pueden hacer variar los términos del problema, independientemente de los factores que tomamos en consideración.

La oferta y demanda, los dos grandes factores de casi todos los fenómenos económicos, no es otra cosa que unos conceptos creados para resumir en un conjunto cómodo todos los elementos, conocidos o desconocidos, que determinan el que en un cierto momento los compradores soliciten una cierta cantidad de mercancía y los vendedores ofrezcan una masa mayor o menor, y de la relación de ambas resulte un acuerdo de precio y cantidad vendida. Esas cantidades pueden variar de un instante al otro, por causas conocidas o desconocidas, modificando el trazado ideal de las curvas con que se las representa gráficamente.

En todo esquema de representación de hechos económicos sobre dos ejes coordenados, hay siempre implícito un tercer eje, el OY de la figura 3, 1D, que es el eje del tiempo. El tiempo es lo que recoge todo lo que no depende de los factores considerados. Cuando se dice, y aunque no se diga se supone, «todas las demás cosas igual», lo que se hace es imaginar que para esas cosas el tiempo no pasa. Mas como el tiempo pasa siempre y, en consecuencia, los múltiples factores implicados varían más o menos, cuando queremos investigar el dinamismo de un hecho económico real, no tenemos más remedio que acudir a una representa-

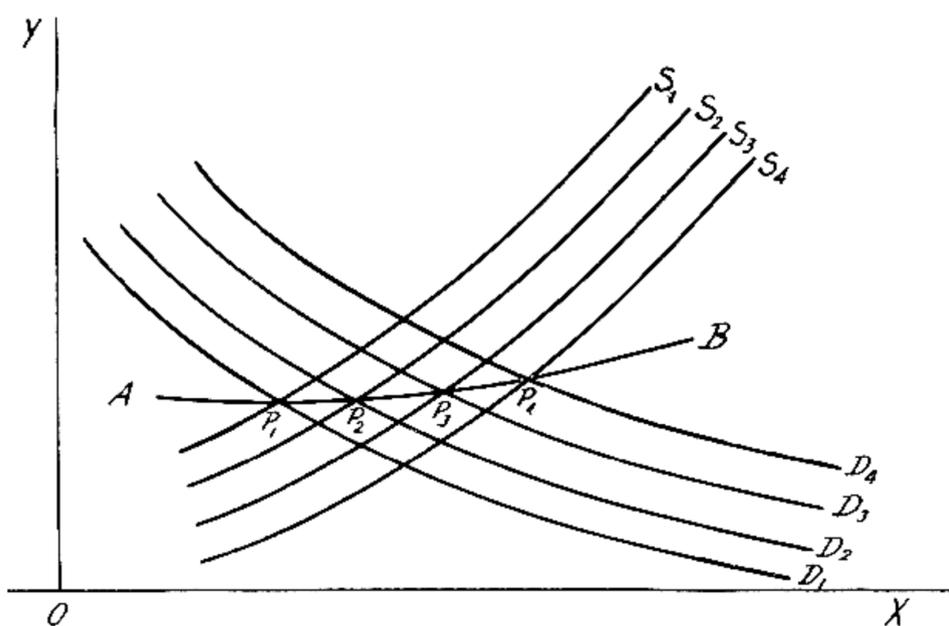
resultados curvas parecidas a las de oferta y demanda, tal como las imaginan idealmente los economistas. En Economía no cabe la exclusión de los factores indeseados más que por el raciocinio, suponiendo “todo lo demás igual”. Desde luego, es más fácil de perderse así, que cuando la experimentación es posible.

ción en tres ejes, pues no otra cosa es el considerar sobre el plano biáxico no una sola curva de la oferta y otra de la demanda, sino varias análogas algo desplazadas entre sí, lo que se llama una familia de curvas (fig. 2) (1), y que en realidad no es más que el resultado de seccionar el esquema tridimensional, en que uno de los ejes es el tiempo, a diferentes profundidades de éste y paralelamente al plano del papel. Esto quiere decir que las curvas que hemos considerado en nuestro esquema del mercado no son tales líneas curvas, sino las secciones hechas en una superficie curva por planos perpendiculares al tercer eje. Cada una de las curvas así obtenidas corresponde a un diferente momento en que todo lo que es variable ha variado, dándonos curvas de oferta y demanda sólo válidas para ese instante.

Al introducir el profesor Hansen y otros economistas en el esquema de un mercado un tercer eje que representa los diferentes niveles de renta, lo que hacen es suprimir el eje del tiempo, y entonces todos los factores no tenidos en cuenta y que pueden modificar la renta y la oferta y la demanda de fondos independientemente de la renta quedan relegados a un cuarto eje, es decir, a una cuarta dimensión. Y no sabemos lo que podrá ser un economista caminando por la cuarta dimensión. Suponemos que no tendrá comparación con un andaluz mirando al microscopio, que se tiene hasta ahora por el colmo de la fantasía científica. Baste ver lo que sucede aun sin haber salido del mundo de las tres dimensiones.

(1) En la figura 2 se representa una familia de curvas de oferta y otra de la demanda, así como los puntos de coincidencia entre ellas, enlazados por una

Fig. 2.



línea que se desarrolla en profundidad. La línea AP_1, \dots, P_4B es la proyección de esa curva sobre el plano del dibujo.

La tesis de Hansen es que, no pudiendo determinarse el tanto de interés ni por la teoría del fondo prestable ni por la de la preferencia de liquidez, la combinación de ambas nos da la solución apetecida. Veamos su demostración.

En un primer diagrama (fig. 3, 1A) nos presenta sobre dos ejes coordenados en que las ordenadas representan tantos de interés y las abscisas sumas monetarias, dos funciones: la función fondo prestable S , representada por una familia de curvas que dan los valores de S para diversos niveles de renta y tantos de interés, y la función capitalización I , simbolizada por una única recta (aunque podría serlo para una familia de ellas). Ya sabemos que estas familias de curvas equivalen a un diagrama tridimensional. El tercer eje, normal al plano del papel, será el OY (fig. 3, 1D), que representará una serie continua de niveles de renta. La función S vendrá entonces simbolizada por una superficie curva con la concavidad vuelta hacia el eje Oi . Las curvas S_1, S_2, \dots , son las secciones por planos paralelos al iOS y a las alturas Y_1, Y_2, \dots . Fácilmente se advierte que esa superficie se irá acercando al plano YOS , a medida que crece la renta.

Como resulta difícil estudiar sobre el papel un esquema tridimensional, es mejor hacer proyecciones ortogonales de las curvas sobre diferentes planos, que son tres: el SOY , horizontal y perpendicular al plano del papel, el iOS , que corresponde al plano del papel en las figuras 1A y 1D, y el tercero iOY , vertical y perpendicular al plano del papel.

Tracemos sobre el diagrama 1A dos líneas mn, pn , paralelas respectivamente a cada uno de los ejes coordenados. Estas líneas cortan a las curvas en una serie de puntos que representan los valores de Y cuando S e i , respectivamente, se consideran constantes. Sobre dos sistemas de coordenadas en que uno de los ejes es el OY y los otros el OS y Oi , respectivamente, llevemos los valores de Y_1, Y_2, \dots , sobre los puntos S_1, S_2, \dots , e i_1, i_2, \dots . Uniendo los puntos así obtenidos resultarán dos curvas (figuras 1B y 1C), que representan la sección de la superficie cóncava por un plano perpendicular al iOS y paralelo respectivamente a los ejes OS y Oi ; son la II y la SS , respectivamente, que nos dicen que el ahorro disminuye al aumentar el tipo de interés, y aumenta al crecer la renta, hipótesis que parecen plausibles.

La función I se halla representada en el diagrama-

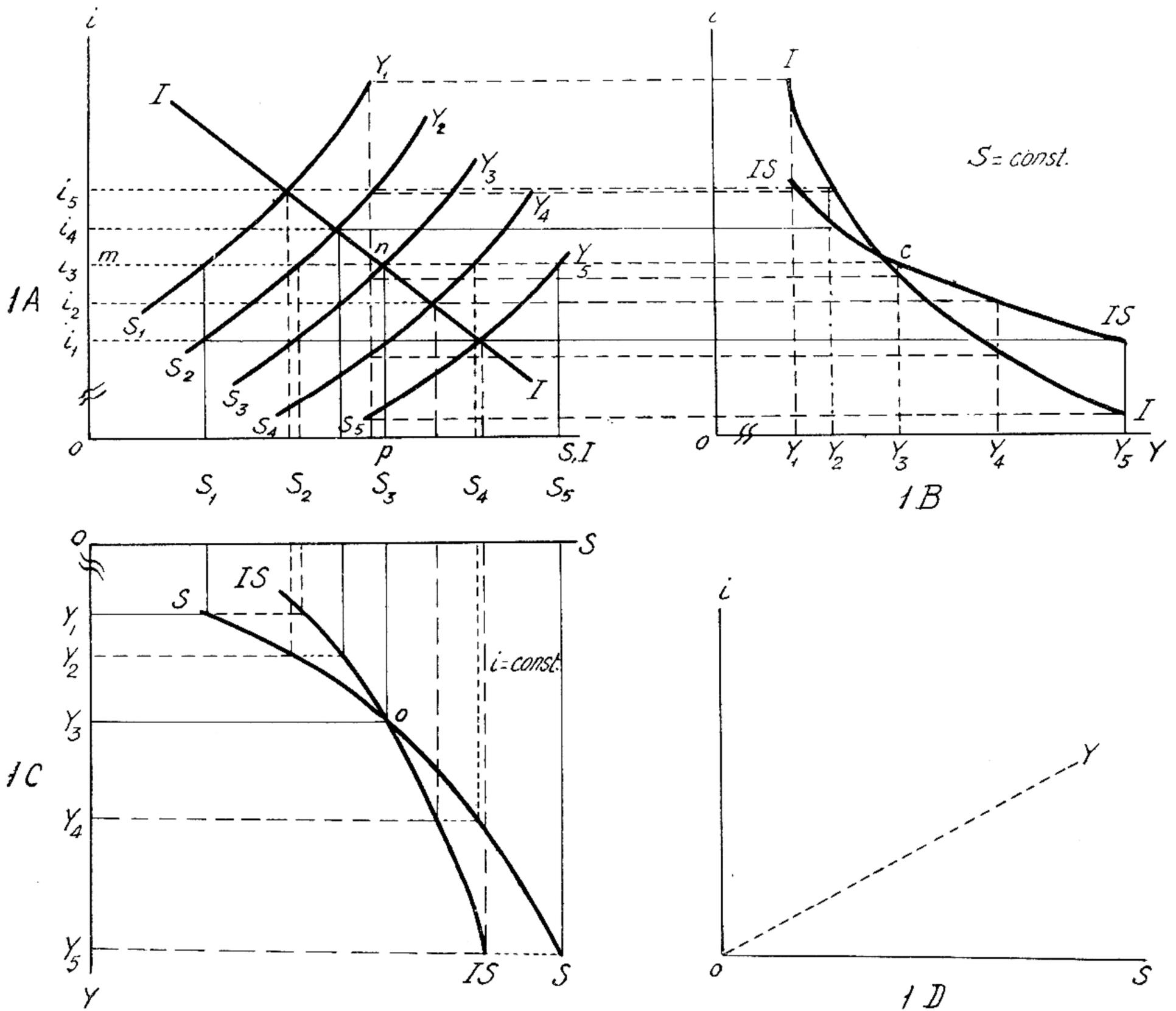


Fig. 3.

ma 1A por una línea recta única, inclinada de izquierda a derecha, lo que nos indica que corresponde en el espacio a un plano normal al iOS y cuya traza sobre éste es la línea II . Su intersección con la superficie curva del ahorro determina una línea en el espacio, que es la que Hansen, siguiendo a Hicks, designa por línea IS . La proyección de esa línea sobre los planos YOS e YOi se representa, respectivamente, en 1B y 1C. Hansen traza la primera proyección (fig. 15 B, p. 145 de su libro), pero no la segunda.

Nos dicen estos trazados que el lugar geométrico de los puntos en que la magnitud del fondo prestable coincide con la de la inversión en capital sigue un curso tal que, para ahorro constante, al interés más bajo corresponden niveles de renta más altos y, para tipos de interés constantes, las rentas más altas corresponden con volúmenes mayores de fondo prestable.

Sigamos de nuevo a Hansen en el esquema que le sirve para representar la teoría de Keynes de un modo semejante al que utiliza, como acabamos de ver, para representar la del fondo prestable.

Se desarrolla sobre los mismos tres ejes (figura 4, 2A), aunque las funciones sean diferentes. M y L sustituyen, respectivamente, a S e I . Los valores de L , para los diferentes niveles de renta, se representan por una familia de curvas que son las cotas de preferencia de liquidez L_1, L_2, L_3, \dots para los niveles de renta constante Y_6, Y_7, \dots, Y_{10} . En el sistema de tres ejes coordenados, la preferencia de liquidez se resolvería en una superficie continua, convexa con respecto a los ejes coordenados y que se elevaría a medida que aumenta la renta. La función M (dinero circulante) se toma como una constante y se representa, por lo tanto, como un plano perpendicular al iOL y paralelo al iOY . Sobre el plano iOL su trazo es una línea vertical.

M, que corta a las curvas LY en los puntos en que ambos valores coinciden.

La intersección de ese plano con la superficie curva antes mencionada será una línea curva ascendente a medida que se aleja del primer plano. A esa curva la llama Hansen, inspirándose en Hicks, curva LM. Proyectándola sobre los planos iOY y LOM , por el mismo procedimiento empleado antes, se obtienen las dos curvas LM y LL (figuras 2 B y 2 C). La primera es la que Hansen transcribe en su figura 15 B (p. 145 de su libro), concediéndole una importancia capital, pues su intersección con la IS (tal como se ve en la fig. 4. 2 D) determinaría a la vez la renta y el tipo de interés para una magnitud dada del fondo prestable, o viceversa.

Aquí está el punto climaterico de la cuestión.

Hansen supone que ambas curvas se cortan, y así lo parece en la proyección sobre el plano iOY , que es la que da Hansen, pero esto no es suficiente para que se corten en el espacio. Para ello hay que demostrar que se cortan en cualquier proyección que se haga. Si no es así, si el punto de coincidencia de ambas curvas se desplaza según el punto de vista o , como dicen los geómetras, muestra un paralaje, es prueba de que no hay intersección. Entonces no determinan un punto ni, por consecuencia, dan solución al problema. Y así resulta de su proyección sobre el plano LOY , en la cual no se cortan dentro de las porciones de curvas consideradas, luego es evidente que no se cortan para las mismas coordenadas que en el plano iOY .

Esta falta de contacto entre las dos curvas IS y LM obedece al azar de un trazado caprichoso

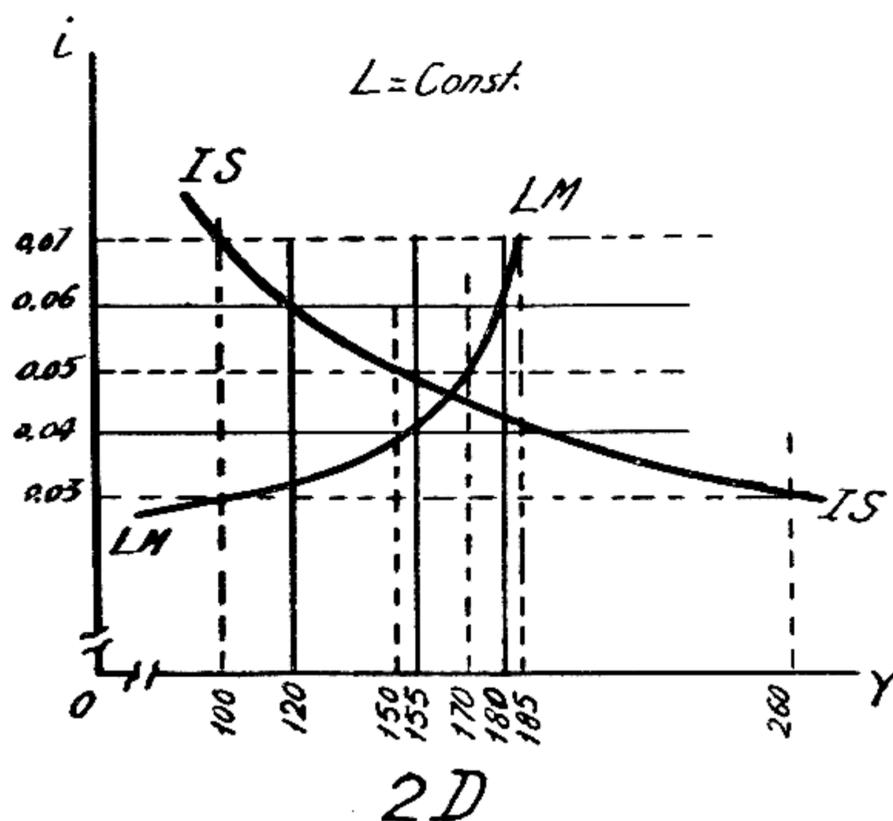
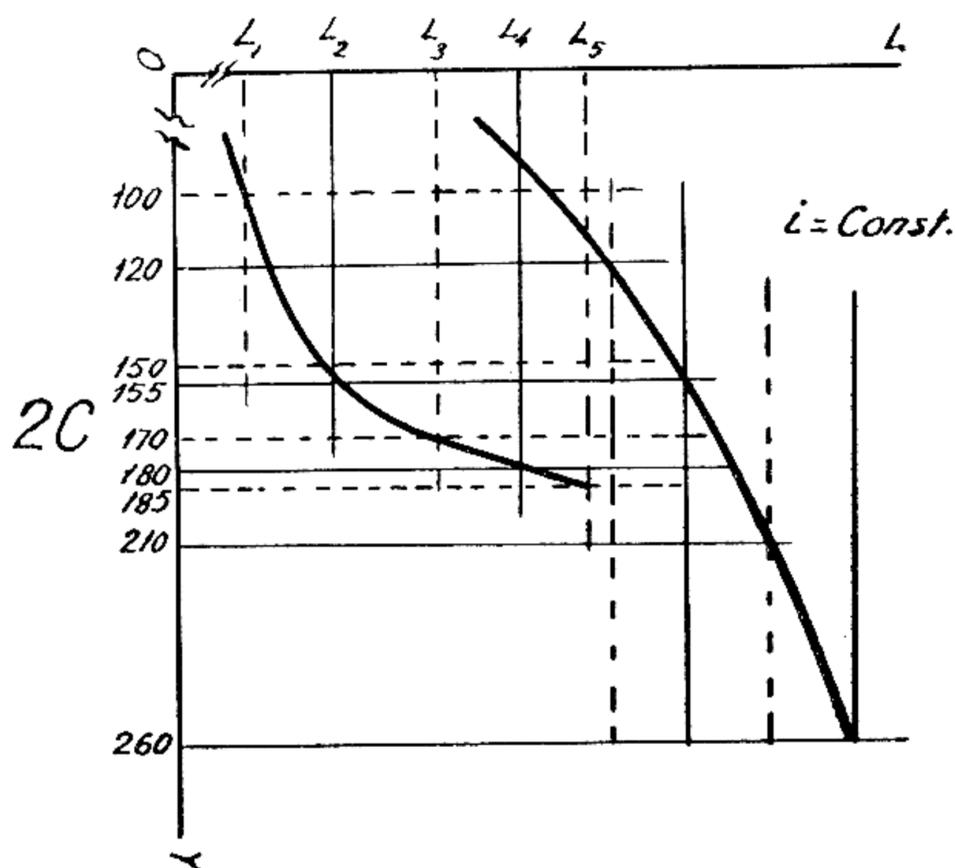
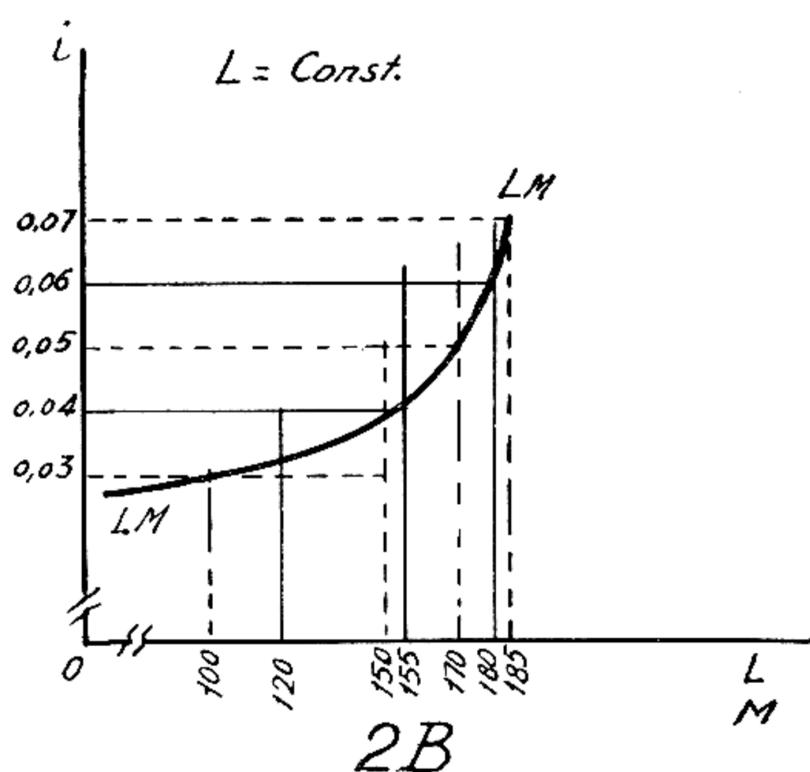
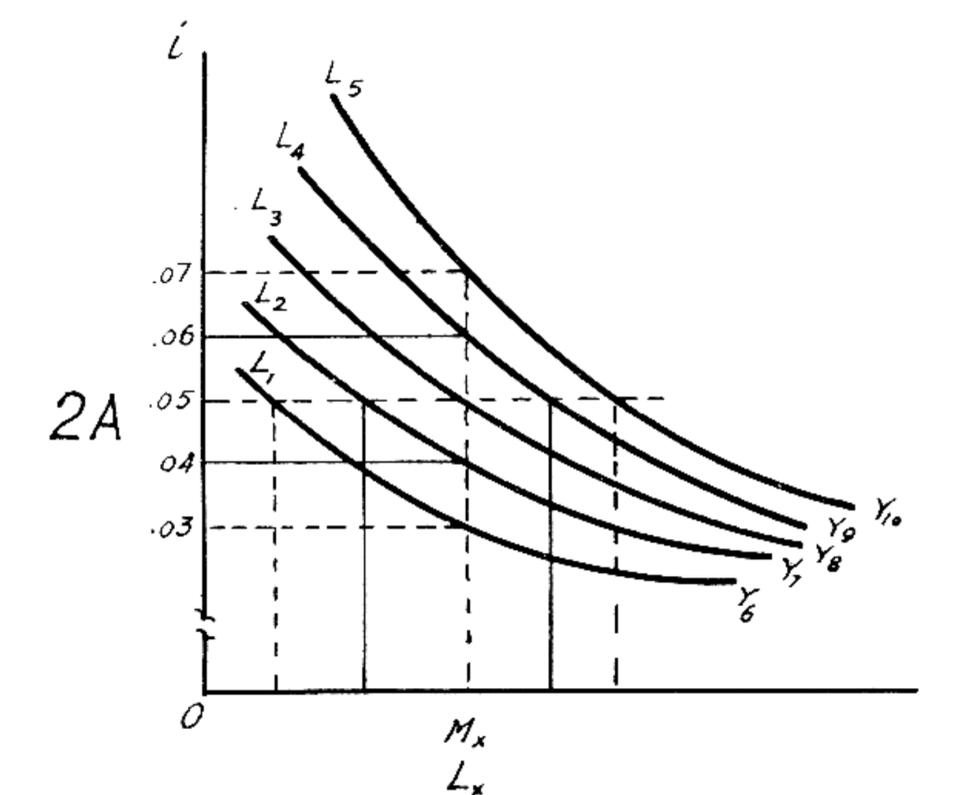


Fig. 4.

o hay razones para afirmar que el sistema hanseiano es también indeterminado?

Desde luego, que los dos sistemas examinados antes, al introducir el nivel de renta, han de resultar indeterminados, pues tenemos en cada uno de ellos tres incógnitas, i , S e Y , y sólo dos funciones, $S = F_1(Y, i)$ e $I = F_2(Y, i)$, lo que no puede dar una solución única. La representación tridimensional no se resuelve en un punto, sino en una curva en el espacio: la formada por la intersección de las dos superficies representativas de las dos funciones dadas. Necesitamos una ecuación más, o bien considerar una de las variables como un parámetro del sistema, lo cual permite despejar las otras dos.

Esto último es lo que hicieron la Economía clásica y la neoclásica, y lo que ha hecho la keynesiana misma después, considerando constante no sólo la renta, sino todo lo demás. Igualmente resolvería la cuestión, en cuanto a la renta, la introducción de una función más de las mismas variables; por ejemplo, si en el sistema neoclásico, completado por la variable Y , introducimos la función cantidad de dinero, representada si se quiere, como hace Hansen, por un plano vertical que cortaría a la línea IS en un punto que determinará las tres coordenadas del sistema. Lo mismo sucedería si introduyésemos la superficie ascendente que representa la función preferencia de liquidez en el esquema keynesiano. Ciertamente que no sabemos qué significado pudieran tener los resultados, pero matemáticamente habría solución.

El profesor Hansen trata de resolver la indeterminación combinando los dos sistemas, mas no me parece que de dos sistemas indeterminados haya de resultar uno determinado. En este caso, tene-

mos cuatro funciones, I , S , L y M , y sólo tres ejes comunes; el sistema resulta superdeterminado y, en general, incompatible, ya que la coincidencia en el espacio de las dos líneas obtenidas será puramente casual.

Solamente alguna ligazón entre dos de las funciones que permitiera assimilarlas o identificarlas, que permitiese reducirlas a una sola, como si se admite la identidad $S = I$ de Keynes, que deja reducido el sistema clásico, no el del fondo prestable, a una tautología, es decir, a una única función que, introducida en el sistema keynesiano, lo determinaría, aunque ignoramos qué interpretación se podría dar de este resultado híbrido. Pero el doctor Hansen no admite esa identidad, pues ya vemos que interpreta S e I como dos funciones distintas e inversas.

Otras asimilaciones no parecen más viables, por ejemplo, entre el fondo prestable y la cantidad de dinero, que manifiestamente representan cantidades diferentes ya que no todo el dinero es prestable. Liquidez y fondo prestable pueden parecer cosas análogas, puesto que se trata de sumas de dinero disponibles, pero la segunda representa la oferta en la teoría neoclásica, en tanto que la otra es la demanda en la teoría keynesiana, y en efecto, se representan por curvas de muy diferente sentido en los correspondientes diagramas. Menos admisible parece la asimilación entre M y L , que reduciría el sistema keynesiano a una tautología, al hacer del dinero y de la preferencia de liquidez una misma cosa.

No encontramos solución y hay que esperar que quienes puedan y sepan nos aclaren estas cosas, que contienen muchos conceptos oscuros y no pocos irracionalismos, al menos aparentes.